



CAPITULO XXIX.

La reacción triunfante.

LA peregrinación de don Benito, saliendo de la capital para atravesar la República, sin más elementos que la investidura que le daba la Constitución, y después de estar á punto de morir en Guadalajara y en Santa Ana Acatlán, embarcarse en el puerto de Manzanillo para ir á desembarcar en Veracruz sin saber si aquella plaza estaba ya en poder de la reacción, revela el carácter del hombre. Cualquiera otro hubiera huido para ya no volver, como huyó Comonfort, como huyó Santa-Anna varias veces, como huyó Arista, como huyó Lerdo de Tejada, como huyó Iturbide, ¡como huyeron tantos! Juárez no quiso huir, porque para él era nada su persona y mucho el ser representante de la ley: él no era Benito Juárez, él era la legalidad. Podía morir en su puesto ¿y qué? moría cumpliendo con su deber, quedando otros detrás que pudieran salvar la misma bandera.

Imbuido en estas ideas probablemente, pues así lo manifestó con sus actos y con sus palabras, no quiso abandonar el deber que se impuso de defender la causa del pueblo mexicano, á la cabeza de la cual se colocó, viniese lo que viniese, y con ese fin del Manzanillo se dirigió por los Estados Unidos al Golfo de México, sin saber á punto fijo con quién contaba para sostener la gran empresa.

El autor de esta obra fué víctima, algún tiempo después, de las más enconosas persecuciones por parte de don Benito Juárez; pero en este punto, lo mismo que en otros muchos, tendrá que rendir homenaje á aquel grande hombre diciendo la verdad sobre todo lo que tuvo esplendor en su conducta heroica y patriótica.

Cuando Juárez pensó dirigirse á las costas de Veracruz, no ignoraba que la reacción había extendido su poder en casi todos los Estados, y que desde un principio había empleado todos sus esfuerzos para apoderarse de Veracruz por su importancia como puerto y por ser la llave para tener dominados los Estados de Oriente, de modo que no tenia seguridad ninguna de encontrar un punto de apoyo para sus planes ulteriores, que eran colocarse cerca de Oaxaca y de Guerrero que habían de proporcionarle elementos de alguna cuantía, así es que ese solo paso tan atrevido como inesperado, contribuyó en gran manera á fortalecer á los liberales que comenzaban á sentirse abatidos.

La aparición de Juárez en Veracruz, estableciendo allí su gobierno, no sólo redobló los bríos de los defensores de la plaza que no esperaban mantenerse allí largo tiempo, sino que llenó de recelos á la reacción, que vió aterrorizada enfrente de sí á otro poder enteramente resuelto á vencer ó morir.

Desembarcado Juárez en el muelle de Veracruz el 4 de Mayo, y recibido por las autoridades civiles y militares, se dirigió, según el ceremonial antiguo, á la Parroquia con toda su comitiva, y el poco numeroso clero de allí lo recibió en la puerta. En seguida se cantó el solemne *Te-Deum* que era de rigor tanto para los tirios como para los troyanos.

Después siguieron la recepción, las alocuciones y el banquete, tras del banquete una noche de descanso, para dar principio el día 5 á los trabajos de gobierno.

Las circunstancias no podían ser más críticas en tales momentos para los liberales, que no ocupaban más que el perímetro de la plaza de Veracruz y el castillo de Perote, estando ocupado el resto de las poblaciones por tropas tacubayistas, aumentadas con las defecciones y con los refuerzos que recibían de México, pudiendo disponer Echeagaray, que era el general en jefe reaccionario, de más de cuatro mil hombres, mientras que apenas llegaban á unos dos mil los que componían las fuerzas juaristas.

Entonces estuvo el gobierno de Juárez en aptitud de hacer la cuenta de sus elementos. La reacción ocupaba todos los Estados del centro hasta Sinaloa, conservándose fieles á la causa liberal Colima, Sonora, Michoacán, Oaxaca, Guerrero, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, contándose además con varias secciones que operaban en Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes. El gobierno de Tacubaya contaba, además de los Estados más ricos y populosos, con un ejército de operaciones bien disciplinado que pasaba de veinte mil hombres, mientras que los liberales no completaban del momento ni diez mil, contando todas las fracciones que andaban diseminadas.

La ventaja que tenían los liberales era esta: ellos contaban con muchos hombres que habían surgido de todas las esferas sociales, movidos por el entusiasmo y por el patriotismo, que sin conocer el arte de la guerra se lanzaban á defender sus ideales, y eran activos, incansables, tenaces, arrojados y abnegados hasta el sacrificio; mientras que en el lado de la reacción se encontraban los hombres poltrones, acostumbrados como Parrodi á las campañas en que se podía disponer de toda clase de elementos; pero sin entusiasmo ninguno para defender con ardor una causa que les inspiraba pocas simpatías. ¿Qué les importaba á los militares del vivac, de la francachela y de la vida libre, la defensa de una religión que ignoraban hasta en sus más simples detalles? ¿Cuántas veces se le dijo á un militar de los viejos:

—Hombre, ¿y usted por qué defiende la religión?

—¿Cuál religión?

—La católica.

—Yo no sé qué religión es esa: yo á quien defendiendo es á mi general Miramón, que me ha hecho capitán y que con el tiempo me hará coronel.

Así hablaban los subalternos: los generales todavía tenían menos fe en su causa. Los generales decían:

—Ya están al frente de la situación Zuloaga, Miramón y Márquez, que son los que han de obtener el poder absoluto, nosotros ¿qué es lo que vamos ganando cuando triunfemos si ya todos los puestos principales están desde ahora ocupados?

—Buena, ustedes no ganarán nada aquí en la tierra, pero ganarán mucho allá en el cielo, puesto que están defendiendo la religión.

Estas promesas para la otra vida no les hacían gra-

cia, y en consecuencia mostraban poco ánimo en las operaciones militares, como sucedió con el general Echeagaray, que estuvo meses y meses rodeando á Veracruz sin atreverse jamás á atacar la plaza, hasta que vino el tiempo en que los clamores de la prensa reaccionaria y las quejas de todo el partido, hicieron que fuera relevado.

Los acontecimientos siguieron su curso: Osollos, como se ha dicho ya anteriormente, fué enviado á defender la plaza de San Luis Potosí que estaba amenazada por el ejército del Norte, y allí murió, según unos, de fiebre tifoidea, según otros, envenenado por los que temían que llegara á adueñarse del poder, y que una vez en él se pronunciara por la reforma religiosa hacia la cual había mostrado algunas simpatías.

Faltando Osollos, quedó Miramón como el caballo de batalla del gobierno tacubayista; pero no podía estar á la vez en todas partes, y por más que se multiplicaba, sucedía que mientras iba por el Interior se acumulaban masas de liberales en el Sur y si marchaba para el Sur ó el Occidente se le descomponían el Oriente y el Norte. Y como el joven héroe, después de la muerte de Osollos se consideró con derecho no sólo para substituirlo en lo militar, sino en las aspiraciones al mando supremo, después de su excursión del mes de Junio por los Estados del Interior, se presentó en México á ejercer la influencia que le correspondía, y en 1.º de Julio, cumpliéndose con sus insinuaciones, se cambió el ministerio de agua tibia que funcionaba, por otro desbordante de reacción que se compuso de las siguientes personas: Relaciones, don Joaquín María del Castillo y Lanzas; Justicia, el eclesiástico don Francisco Javier Miranda; Gobernación, don Manuel Fernández de Jáuregui; Fomento, don José M. Zaldívar; Hacienda,

don Pedro Jorin, y Guerra el general don José María García. Ya se ve por esto confirmado el refrán que dice: *como es el bodegón son las moscas.*

El primer acto del nuevo gabinete fué suprimir la poca libertad de imprenta que había y expedir una ley de conspiradores, que castigaba con la pena de muerte á cuantos se mostraran desafectos al Supremo Gobierno, medidas que sólo dictan los gobiernos anémicos y cobardes cuando quieren sobreponerse á la opinión á fuerza de leyes terroristas, como un cauterio terrible para prolongar la vida, parecido á los que se aplican á los enfermos desahuciados.

Mientras que Miramón estaba así poniendo su espada en la balanza de la política, Zuazua tomó á San Luis Potosí y Vidaurri entró allí poco tiempo después con el poderoso ejército del Norte que venía provisto de cien carros de municiones y de grandes piezas de artillería, haciendo temblar la tierra con sus trenes.

El general Miramón, con su actividad prodigiosa, se dirigió al Interior y reunió con los cuerpos expedicionarios que ocupaban varias poblaciones mandadas por Márquez, Mejía, Chacón, Vélez, Cobos, Argüelles, Florentino López, Moreno y otros, unos cinco mil hombres, dirigiéndose con ellos á San Luis Potosí, amurallado y artillado de un modo formidable. ¿Por qué huyó de allí don Santiago Vidaurri? ¿Fué que le intimidó la audacia de Miramón creyéndolo más fuerte? ¿Fué porque pensó que con su caballería, artillería y grandes trenes podría maniobrar mejor en campo abierto? Y en esta última hipótesis, ¿por qué no fué al encuentro del enemigo en vez de retroceder, lo cual ha sido siempre en nuestras campañas el signo casi evidente de la derrota?

Nadie pudo nunca resolver estas preguntas. El hecho fué que Vidaurri se retiró para el pueblo de Ahualulco, en el camino de Zacatecas, que ni tenía elementos de ninguna clase ni era una posición militar. Verdad es también que Vidaurri era bisoño en el arte de la guerra.

Sucedió lo que tenía que suceder: después de varias peripecias que comenzaron el 25 de Septiembre, Vidaurri sufrió el 29 una espantosa derrota que quedó consumada á las tres de la tarde en Ahualulco de los Pinos, con la pérdida de veintitres piezas de artillería, ciento veintiseis carros, seiscientos muertos y heridos y una veintena de prisioneros.

¡Cosa particular! aquella derrota de Vidaurri causó alegría al gobierno establecido en Veracruz, y á los liberales en general, porque conociendo lo envalentonado que estaba el caudillo del Norte, sabían bien que, á haber triunfado, hubiera entrado á México y se hubiera pronunciado por su presidencia, importándole un pito la legalidad. Así la derrota que sufrió Vidaurri en Ahualunco, se consideró como una victoria para la causa constitucionalista, la cual entonces sí que hubiera sucumbido en la Capital tal vez para siempre.

Ni Miramón, ni Zuloaga, ni los demás tacubayistas tuvieron tiempo de recrearse en su triunfo por más que fuera solemnizado en todos los lugares que acupaban, con el mayor estrépito, pues á renglón seguido se supo que con aquel hecho de armas glorioso había coincidido la toma de la plaza de Guadalajara por don Santos Degollado, de que ya hablamos en otro capítulo.

Entonces Miramón, que no dejaba de encontrarse bastante destrozado en San Luis Potosí, comenzó á prepararse para marchar otra vez sobre Guadalajara man-

dando que se pusieran en marcha desde luego todos los cuerpos que se encontraran disponibles, pues se proponía en esta vez hacer una campaña formidable, contando cuando menos con un cuerpo de ejército de diez mil hombres. No había dinero con que mantener tantas tropas, pero entonces se podía contar con los golpes de mano á las casas de moneda y á las conductas de caudales.

Sus planes fueron frustrados por de pronto, debido á un suceso que llamó en aquel tiempo muchísimo la atención: el general don Miguel Blanco, con tropas del Norte y otras que se había proporcionado en Michoacán, se presentó con cerca de unos tres mil hombres delante de la Capital de la República.

Por torpezas que nunca faltan en los ejércitos indisciplinados, se frustró el golpe de mano que tan hábil como valerosamente había proyectado el general fronterizo, contando con inteligencias dentro de la plaza, que también le faltaron como era de rigor en la hora oportuna, así es que tuvo que retirarse por donde había venido, no sin resentir algunas pérdidas. Sin embargo, esto trastornó de pronto los proyectos de Miramón, quien tuvo que acudir violentamente á la Capital en donde se le hicieron grandísimos festejos con poco gusto de Zuloaga que ya empezaba á ver en él un rival temible para la Presidencia futura.

Una vez que cesó el sobresalto de los conservadores de México, así por la retirada de Blanco, como por la llegada de Miramón, éste continuó comunicando sus órdenes á efecto de que Márquez, que fungía como su segundo en jefe, organizara el ejército del interior y lo reuniera en cualquier punto del camino de Guadalajara para hacer

sobre Jalisco y Colima la campaña vigorosa que se proponía. Márquez estableció su cuartel general en Tepatitlán y Miramón llegó allí en una diligencia, después de haberse proporcionado en la plaza de San Luis Potosí algunos elementos.

La toma de Guadalajara por Degollado, se había efectuado en el mes de Octubre; pero de tal modo había agotado con aquel esfuerzo sus elementos, que siendo tan activo no había podido reponerlos en seis semanas pareciendo inercia suya lo que no era sino necesidad, puesto que nada podía emprender sin armas y sin municiones. No obstante la gran escasez que sufría de dinero y de todo, luego que tuvo aviso de que Márquez y Miramón habían reconcentrado un numeroso ejército para atacarlo, salió con el suyo para esperarlos en las posiciones que juzgó convenientes, cerca de la hacienda de Atequiza y sirviéndole de línea de defensa el río de Santiago, cuyas márgenes ocupó en varias leguas, sin tener por supuesto telégrafos ni otros medios rápidos para comunicarse con sus subalternos, dejando probablemente que cada cual obrara según las circunstancias: á lo menos se comprendió así por los movimientos que se ejecutaron sin un plan definido, sin un método claro y sin concierto en las operaciones.

Degollado, que era un gran patriota, ignoraba por completo el arte de la guerra, de modo que su primer error consistió en esparcir sus tropas en una línea de seis leguas, mientras Miramón se presentó en cada uno de los puntos que fué reconociendo con todo su ejército compacto, y los que entonces hicieron comentarios, aseguraron que los liberales pudieron conseguir un triunfo fácil, contando con jefes tan intrépidos como Coronado, Valle,

Rocha, Blanco, etc., con sólo pasar el río y envolver al enemigo por la retaguardia, en los momentos en que atacaba al general Pinzón en Poncitlán, pues de esa manera se ponía á tan distinguidos jefes en situación de batirse como ellos sabían hacerlo. Lejos de eso Pinzón fué abandonado y él mismo tuvo que abandonar su punto luego que agotó sus municiones, temeroso de ser copado. Cuando se quiso recobrar la posición ya fué tarde, pues el enemigo, á quien no se vigilaba lo suficiente, ya había pasado el río con todos sus trenes sin atreverse á avanzar por temor de caer en una emboscada, porque no podía convencerse de que se le hubiera dejado pasar con tanta facilidad si no era con aquel objeto: así fué que se mantuvo en observación hasta convencerse de que no había sido todo aquello más que el resultado de una torpeza.

Y como á aquellas horas en que habían transecurrido cinco días, estando ambos ejércitos frente á frente, ya había habido varias escaramuzas y algunos combates algo serios como los ataques repetidos al puerto de Tololotlán, en que fueron rechazadas las columnas de Miramón y el combate con Pinzón en Poncitlán, y luego la batalla final que no concluyó el día 14 quedando indecisa, como á esas horas decimos, los liberales habían quemado sus municiones, no quedando sino cuatro cartuchos por plaza, Degollado ordenó la retirada, que fué valientemente sostenida por el general Blanco, llevándose toda su artillería, con la cual obtuvo un triunfo la reacción supuesto que se le dejaba expedito el camino de Guadalajara para ocupar aquella importante plaza, pero no en las proporciones en que lo participó Miramón, asegurando que el enemigo había sido dispersado en todas direcciones, lo cual celebraron los del gobierno de México con gran alborozo,

asegurando los periódicos que ya todo el país estaba dominado por el joven Macabeo.

Degollado volvió á ocupar el Sur de Jalisco con sus fuerzas algo mermadas y Blanco tomó el camino del interior para ir á emprender nuevas expediciones en que le sonriera la fortuna.

El día 16 se le hizo á Miramón una recepción ruidosísima en Guadalajara, principalmente por los miembros del clero que echaron á volar las campanas é hicieron muy grandes funciones de iglesia.

Tomados apenas dos días de descanso, comunicó en la orden general que estuvieran las tropas listas para moverse á las cuatro de la mañana.

—¡Cómo, general! le dijo el obispo en nombre de toda la aristocracia religiosa, ¿es cierto que va usted á dejarnos mañana?

—Sí, Ilmo. señor: los momentos son preciosos, y yo no soy hombre para dejar una obra comenzada: ó la termino ó sucumbo, tal es mi divisa.

—¡Qué hombre tan grande! exclamaron todos los concurrentes.

Y Miramón salió al día siguiente con todas sus huestes para el Sur de Jalisco.

Degollado lo supo en Sayula y reunió en consejo á sus jefes principales, exponiéndoles la situación.

—No tenemos parque, nos faltan ahora las tropas fronterizas, apenas contamos con dos mil quinientos hombres y Miramón trae más de cinco mil, ¿qué hacemos, le presentamos batalla para que nos derrote ó nos fraccionamos en guerrillas?

Todos opinaron que se defendieran las barrancas con los elementos con que se contaba, que siempre eran sufi-

cientes para rechazar un ataque brusco como los que acostumbraba dar Miramón.

Pero el caudillo clerical había reconocido el terreno, sabía que era imposible tomar á viva fuerza las barrancas de Atenquique y Beltrán y fué á buscar un paso lejano por los Novillos, quedando sorprendido varios días después Degollado al saber que ya se encontraba aquel en la plaza de Colima, evacuada por Contreras Medellín, que contaba con una insignificante guarnición.

Entonces los liberales, que pudieron muy bien eludir el combate ó tomar una posición inversa en las barrancas, cambiando su frente para interceptar la comunicación entre Colima y Guadalajara, tuvieron la temeridad de lanzarse al encuentro del ejército reaccionario, cayendo en el lazo tendido por Miramón, presentándose á librar una batalla campal, en que todo les era adverso, el número, las armas, la moral y el terreno.

El concepto que determinó tal resolución fué el siguiente: ¿Qué perdemos si nos derrota Miramón? Unos cuantos cañones que ya recuperaremos, uno ó dos Estados que ya volverán á nuestro poder y algunos hombres que se dispersarán para reunirse luego en cualquiera otra parte, consiguiendo entretener más tiempo en tierras lejanas, al único jefe que lo hace todo en la reacción, para que entre tanto aumenten las fuerzas liberales en el interior de la República. Y en cambio de exponer tan poco, ¡qué trascendencia tendrá un triunfo que no es imposible!

Pero lejos de alcanzar ese triunfo, se sufrió una de las más grandes derrotas en San Joaquín, perdiéndose la artillería y quedando deshecho el pobre ejército liberal que con tantos esfuerzos se había reunido.

La derrota de Degollado que se comunicó por extraordinarios violentos, que parecían llevados en hilos telegráficos, produjo delirio en Guadalajara, en México y en todas las plazas que ocupaban los conservadores, desde el Pacífico hasta el Atlántico: en todas las iglesias se cantaron acciones de gracias y en todos los periódicos clericales se entonaron himnos á la victoria.

Miramón dijo en sus partes: «con el triunfo que se acaba de obtener, el último baluarte de los liberales ha desaparecido, la nación está conquistada, el gobierno emanado del plan de Tacubaya está consolidado, y ya no queda ninguna guerra que sostener y sólo algunos bandidos que exterminar.»

¡Tableau!



CAPITULO XXX.

Todo por mi amada.

LA victoria de Miramón sobre las huestes liberales fué manchada, como era costumbre entonces, con un crimen innecesario: el licenciado Daniel Larios, inofensivo é indefenso, fué mandado fusilar como prisionero de guerra, no obstante que no era militar, ni fué cogido con las armas en la mano; pero era preciso que alguno pagara por todos los demás que se habían escapado, pues fuera de los heridos y muertos no se cogió á ningún otro hombre en el campo de batalla. Todos sabían correr mucho y bien cuando se trataba de correr. Después veremos cómo no pasó mucho tiempo sin que los mismos jefes y oficiales derrotados y dispersos en San Joaquín volvieron á aparecer en el mismo terreno con nuevos y poderosos elementos.

El licenciado Larios no era más que un empleado ci-

vil: servía de secretario al gobernador de Colima y en cumplimiento de su deber había salido acompañando al gobernador; de manera que su fusilamiento no fué más que un acto de ferocidad de aquellos caudillos indocultos que no conocían ni una jota de civilización, ni un ápice de las leyes de la guerra observadas en los países cultos.

Los derrotados de San Joaquín, después de haberse batido con una intrepidez que no se esperaba Miramón, dados los pocos elementos con que contaban, tuvieron la imprevisión de no proporcionarse un punto de apoyo para un evento desgraciado, de manera que al dispersarse en grupos de á quince, veinte y hasta de cincuenta hombres, no sabían ni á dónde dirigirse. Unos se refugiaron en la costa, otros en Michoacán y los demás en los mismos pueblos de Jalisco, en que antes habían merodeado, siendo de estos últimos los guerrilleros Rojas, Canales y otros que prefirieron continuar la guerra en terrenos que les eran muy conocidos. El ministro de la guerra Don Santos Degollado, tomó el rumbo de Michoacán, siguiéndole todos los jefes principales, quienes lograron reunir desde luego un núcleo de fuerza como de unos quinientos hombres.

La guerrilla de Adrián Canales se componía ya al entrar en acción, de cincuenta hombres; pero como siempre estuvo en las líneas avanzadas, fué el primero en recibir el choque del enemigo, así como fué el último en retirarse del campo de batalla, lo que le hizo perder la mitad de su gente, dispersándosele otros más en la retirada, así es que regresó á los alrededores de Santa Ana Acatlán, con sólo doce hombres, encontrándose con que ya estaban establecidas allí nuevas autoridades y con que la guarnición compuesta de cien hombres, estaba mandada por

Pedro Ordóñez en persona, quien ostentaba ya en el pueblo las presillas de capitán.

Dicha grande, sin embargo, era para Adrián Canales conservar á su lado á su segundo Tomás Ramírez que le era muy leal, y que además de ser valiente, tenía gran perspicacia militar y política.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? preguntó Adrián á su amigo, después de que había hecho alto en una finca de campo á cinco leguas de Santa Ana.

—Si son ciertas las noticias que nos han dado de que Pedro está de guarnición en el pueblo y con una fuerza respetable, lo más prudente es que nos alejemos de aquí esta noche misma.

—¡Qué alharaca formará si sabe que le hemos huído!

—No le huímos á él, sino á todo el ejército de Miramón que ya debe venir detrás de nosotros por este mismo camino.

—El tardará en pasar por aquí cuatro ó cinco días.

—No lo creas: sus tropas se tardarán más ó menos tiempo; pero Miramón, que es muy activo y tiene interés en volver al interior, ya debe venir muy cerca con una fuerte escolta.

—De modo que

—De modo que sería una locura que nos pusiéramos entre dos fuegos.

—Haciéndonos á un lado, Miramón no nos ha de perseguir.

—Pero mandará gente que nos persiga: el mismo Pedro que ha de salir á encontrarle, recibirá la comisión.

—Voy á decirte la verdad, Tomás, exclamó Adrián muy preocupado, temo alejarme de estos contornos, por-

que Pedro es un bandido y necesito velar por la seguridad de Refugio.

—Comprendo tu preocupación, le contestó Tomás; pero creo que deben tranquilizarte dos cosas: primera la energía de la muchacha y luego que está al lado de su familia y en una población en que se le respeta.

—Precisamente lo que temo es que su familia quiera sacrificarla. Ahora se está creyendo que la revolución ha concluido, que Pedro ha conquistado una posición á fuerza de su brazo y que ya ha llegado el tiempo de cumplirle alguna promesa que el padre le haya hecho, en virtud de que ambos profesan las mismas ideas sobre política.

—Sí, sí, todo es verdad; pero estamos más en condiciones de ser protegidos que de proteger. ¿Con qué contamos ahora?

—Con muy pocos hombres y tal vez muy acobardados.

—Que nos siguen con poca voluntad, me alegro que lo conozcas.

—Pero tú y yo valemos algo.

—Valemos algo cuando no estamos en terreno en que todos son nuestros enemigos. Ahora desde Guadalupe y Tepic hasta Colima, todo pertenece al vencedor.

—Sin embargo, creo que la guerra no ha terminado.

—Yo también lo creo, porque es una guerra de principios. Sería necesario que la reacción matara á media República para que terminara la resistencia. Sin embargo, por ahora no contamos más que con la esperanza.

—Lo mismo que sentimos nosotros deben sentir los demás: una sed devoradora de revancha.

—Revancha que no vendrá sino poco á poco y cuando todos hayamos hecho enormes sacrificios.

—De manera que ¿cuál es tu opinión, Tomás?

—Mi opinión es: ó que nos alejemos rumbo á Michoacán, que es en donde la llama de la revolución está más viva, ó que nos desviemos con rumbo á Autlán, que es el que me parece que han tomado Rojas y otros muchos guerrilleros.

—Pero ellos nos absorverán y yo no quiero estar á las órdenes de Rojas.

—Sólo vamos á rehacernos un poco á la sombra de ellos y luego volvemos. Aquí estamos expuestos á perecer sin defensa. A estas horas puede ser que ya se sepa en Santa Ana que ha aparecido una pequeña guerrilla, y Pedro ha de suponer desde luego que es la tuya.

—Y bien, que venga.

—Que venga á matarnos, ¿eso es lo que quieres?

—¿Y si logro yo matarle á él?

—No lo conseguirás, porque él vendrá con fuerzas cinco veces superiores á la nuestra, y procurará cogerte vivo para llevarte como trofeo al pueblo.

—No sufriré yo tal humillación. Antes moriré.

—¿Y qué necesidad hay de que mueras? Vámonos salvando ahora.

—Pero entonces, ¿á qué hemos venido?

—Hemos venido creyendo que Pedro estaría con el ejército y no que lo hubieran dejado aquí de guarnición. Recuerda lo que me dijiste: «Vamos á pasar por Santa Ana, y luego aunque nos alejemos hasta el fin del mundo.»

—Es verdad que te dije eso.

—Pues bien, ya venimos, no podemos entrar á Santa Ana. Vámonos.

—Pero no sin intentar antes ver á Refugio.

—Sería más que temeridad intentar tal cosa. Yo haré por evitarte el bochorno de caer en las manos del peor de tus enemigos.

—De modo que tú no me acompañas á entrar al pueblo, si te lo ruego.

—Si me lo ruegas, nó; si me lo mandas, tendré que obedecerte.

—Es la idea que me ha ocurrido: que demos un rodeo y entremos tú y yo al oscurecer por el camino de Guadalajara.

Tomás siguió tratando de persuadir á Adrián de que era la más grande de las locuras arriesgarse á caer en poder de Pedro Ordóñez, que no sólo no les perdonaría, sino que aprovecharía la ocasión para humillarlos y tratar de abatirlos; pero Adrián insistió en que una sola probabilidad que existiera para salir con bien de la empresa, era bastante para intentar aprovecharla y para darle á él la más grande de las satisfacciones.

—¡Cómo se regocijará Refugio, y cómo se regocijarán todas las gentes del pueblo que no tienen ningún cariño á Pedro, cuando sepan que yo me he burlado de él y de sus cien hombres, cuando tengan la noticia mañana de que hemos estado allí tú y yo y de que nos hemos reído de él en sus mismas barbas! Si no somos capaces de una hazaña como esa que casi nada nos cuesta, ¿para qué nos hemos metido á guerrilleros?

—Nos hemos metido á guerrilleros para pelear por la patria.

—No sólo para eso, Tomás, sino para hacer nuestra

soberana voluntad sin sujeción á nadie, que es el principal atractivo que hay en tiempos de guerra para los hombres libres. En nuestra posición servimos á nuestro partido como podemos, pero á la vez nos damos el gusto de no estar sujetos á la disciplina militar si no es cuando queremos.

Tomás inclinó la cabeza: le pareció que semejante argumento no tenía réplica.

—Vamos, pues, á donde quieras, le contestó á poco, sólo te haré advertir que nuestros caballos están destroncados.

—Precisamente teniendo en cuenta eso, he mandado traer unos que no tardarán en llegar.

En efecto, desde por la mañana había enviado Adrián á su asistente con un recado á un amigo suyo, dueño de una hacienda inmediata, suplicándole que le mandara sus dos mejores caballos. En sus correrías se había hecho ya de muchos amigos, principalmente entre los hacendados que cuidaban más que todo de estar bien con los guerrilleros, gustando más naturalmente de que se les tratara bien que no con violencias.

Mientras llegaba el asistente con la respuesta, se retiraron del camino internándose en las profundidades del cerro más próximo, en donde pudieron todos desencillar, tomar una frugal comida y entregarse luego al descanso, colocando dos vigías en las eminencias.

A eso de las cinco de la tarde llegó el asistente acompañado de dos rancheros que llevaban estirando dos magníficos potros. Adrián y Tomás les pusieron las sillas á las dos nuevas cabalgaduras, entregando las suyas, que eran también buenas, á los mozos de la hacienda, para que se

encargarán de cuidarlas allí hasta el día siguiente en que regresarían de una expedición.

Una vez que los dos guerrilleros estuvieron tan bien montados, el jefe comunicó sus órdenes al sargento que se quedaba con el mando de la pequeña fuerza, según las que debería avanzar al oscurecer por cierto camino, hasta tocar casi los primeros corrales de la población, con las instrucciones correspondientes para obrar conforme á las circunstancias.

Una vez arreglados los detalles que Adrián consideró necesarios, picó su caballo, lo mismo hizo Tomás y ambos desaparecieron entre una nube de polvo en los momentos en que el sol iba ocultándose detrás de las montañas que circundaban el horizonte. Conocedores ambos de todos aquellos lugares que habían recorrido antes mil veces en todos sentidos, fácil les fué encontrar el sendero que buscaban y hallarse á la hora y media en el camino que conducía de Guadalajara á Santa Ana y á un kilómetro de los arrabales de la población.

—Ahora vamos combinando nuestro plan, dijo Adrián poniendo al paso su caballo.

—¿Hemos de ir juntos, ó separados? preguntó Tomás.

—Lo mejor es que nos separemos para llamar menos la atención.

—¿Sabes tú si serán conocidos estos caballos?

—Tienen que ser conocidos, una vez que viene seguido montado en ellos el mismo Rentería. Yo también he montado el alazán que traigo ahora, diversas ocasiones.

—Pues ya tienes una causa más que suficiente. . . .

—Pero no todos son tan hábiles para que conozcan los caballos en la oscuridad.

—Desde luego la manera con que se presentan y manotean, es llamativa.

—Bueno, ¿y qué? Si conocen los caballos, tanto mejor, supondrán que son gentes de Rentería las que los montan y en todo caso no conocerán á los ginetes. ¿Traes bufanda?

—Precisamente me la estoy poniendo.

—De modo que á la entrada nos separamos: yo me voy de frente á pasar por la esquina de la plaza para dar vuelta á la izquierda y llegar á la casa de Refugio, mientras tú llegas hasta la esquina de la calle por el lado opuesto. Sólo que yo te llame acudes, y en el caso de que tú seas el atacado te incorporas conmigo si puedes, y si no te escapas y yo procuraré alcanzarte á la salida. Ya conoces la contraseña.

—Yo también te haré mi señal si ocurre algo ó te observo muy entretenido.

—Corriente. Ya sabes que nuestra salvación no sólo está en nuestras pistolas sino en nuestros caballos que no los hay mejores por estos rumbos, así como en el conocimiento que tenemos del terreno; pero principalmente en la protección de Dios que no ha llegado á abandonarnos.

—Amen, murmuró Tomás.

—Ahora déjame ya y sigue tu camino.

—Dios nos saque con bien de esta aventura, murmuró Tomás que iba á ella con todo su valor, pero muy á pesar suyo, y picó su caballo torciendo á la izquierda y tomando una vereda que le había de conducir á poco por la derecha al lugar de la cita.

Apenas había avanzado Adrián por las primeras calles, cuando empezó á encontrarse con soldados que lleva-

ban sus caballos estirando, otros iban montados en pelo y más allá otros iban cargando tercios de pasturas, todo lo que le indicaba que en efecto los informes que se le habían dado, eran exactos y que había allí una pequeña guarnición, no de guerrilleros, sino de soldados de caballería, que aunque muy mal vestidos arrastraban sables y llevaban sus medias botas y sus chacos.

Adrián iba paso á paso dándose los aires de un ginete cansado; pero mirando con toda cautela hacia uno y otro lado y sin separar la mano derecha del mango de la pistola que llevaba por delante pendiente del cinturón y recostada en la cabeza de la silla. Así llegó hasta la esquina de la plaza en que tuvo que torcer á la izquierda, siguiendo todo el costado al descubierto para entrar á la calle siguiente, que era en donde estaba la casa de Refugio.

—Que ella sepa al menos que he estado aquí, aunque no pueda verla! decía para sí mismo no sin experimentar cierto sobresalto al observar que se quedaban mirándole con mucha atención, tanto las personas que estaban en las puertas como los transeuntes que se detenían, como si procuraran reconocerlo.

Por fortuna la noche era muy oscura, había poquísimos faroles, y él había tenido la precaución de sumirse el sombrero hasta las cejas y de ponerse la bufanda hasta las narices, no dejando descubiertos más que los ojos.

Ya iba á llegar el momento decisivo: estaba á unos cuantos pasos de la puerta de la casa de Refugio, que parecía estar cerrada, y estaba vacilando sobre si llegar y tocar ó pasarse, cuando la puerta se abrió en el momento preciso en que él se había detenido y aparecieron varias personas, entre las que estaba el mismo Pedro, cu-

ya voz había reconocido. Este, al ver un ginete allí, dijo con voz bastante fuerte:

—¿Quién es usted, amigo?

Adrián no respondió, pero buscaba ávidamente á Refugio entre las personas que estaban en la puerta, alumbradas escasamente por la luz de una vela que llevaba una criada en la mano.

—Responda usted, ¿quién es? ¿qué se le ofrece? repitió Pedro avanzando dos pasos.

Entonces Adrián no tuvo más recurso que contestar con serenidad:

—Soy Adrián Canales.

—¡Adrián! exclamaron Pedro y las personas que estaban en la puerta.

Entonces Pedro, ciego de ira, echó mano á su pistola, y Adrián habiendo observado tal movimiento, le dijo:

—Quieto, porque si disparas, me obligas á matarte.

Todas las personas que estaban en la puerta se metieron corriendo al ver brillar las armas, á la vez que Refugio, saliendo por la ventana, gritó:

—¿Qué es lo que haz hecho, Adrián? ¡huye, huye!

Pedro no pudo contenerse más, apuntó á Adrián á dos pasos de distancia, pero éste que no lo perdía de vista, metió instantáneamente espuelas á su caballo y se le echó encima derribándolo, y al mismo tiempo se le disparó la pistola que estaba preparada, al dar sobre las piedras, sin hacer daño á nadie.

—¡Huye, Adrián, huye! volvió á gritar Refugio temblando.

—No sin estrechar tu mano antes, dijo Adrián acercando el caballo á la ventana.

Ella se la tendió por entre las rejas, é inclinándose Adrián se la besó, y luego partió como un relámpago, en tanto que Pedro corría tras él disparándole los demás tiros de la pistola.

La alarma cundió luego en todo el pueblo, y principalmente entre los soldados, que se apresuraron á reunirse en la plaza, en donde tenían su cuartel. No eran cien, sino veinticinco, y de éstos estuvieron montados en unos diez minutos, cosa de una docena.

Pedro que llegó á donde estaban, casi sin alientos, montó en el primer caballo que le presentaron y se puso á la cabeza de su tropa.

Iban á trote largo por el rumbo que creyó debía seguir Adrián, cuando vió venir por el lado opuesto á un ranchero montado en un caballo flaco.

—¿Encontraste á un hombre que va corriendo en un buen caballo? le preguntó Pedro.

—Encontré dos, mi amo, le contestó el ranchero, y allí en la orilla están esperándolos cosa de cincuenta.

—¡Maldición! exclamó Pedro, ha vuelto á escapárseme; pero mañana lo perseguiré hasta exterminarlo.

Entre tanto Adrián y Tomás se incorporaron á sus diez hombres que les esperaban en el mismo sitio que el primero había designado.

—Hemos escapado de buena, dijo entonces Tomás respirando á plenos pulmones.

—Todo por mi amada, le contestó Adrián en medio de un suspiro.



CAPITULO XXXI.

Nueve pronunciamientos.

TIEMPO es de que volvamos á la Capital, para que se nos den allí las noticias de inesperados acontecimientos.

En una noche del mes de Enero de 1859, bastante fria, estaban reunidos en la casa del comerciante don Alejo Rincón, con su familia, las de su hermano don Néstor y el abogado don Domingo Benavides que había llegado al obscurecer, con sus dos hermanas, personas todas que ya fueron presentadas á los lectores en otra parte de esta relación.

No habiendo costumbre de encender fuego en las habitaciones, aunque estuviera helando, lo que habían hecho era cerrar las vidrieras de la sala herméticamente y sentarse todos muy juntitos en torno de una mesa redon-